

Osvaldo Soriano

Un león que no se rinde

El autor argentino aplaudido por escritores y criticado por especialistas.

BASTA mirarle la cara para saber que Soriano es un hombre especial. Algo en su tristeza permanente —que no se compagina con el sentido del humor revelado en sus obras— hace recordar al gran neurótico de la literatura transandina, **Ernesto Sábato**. Considerado un superventas en Chile durante un buen tiempo, algunas personalidades argentinas lo presentaron como “un escritor de primerísima línea”, “una especie de Cortázar”, o, también, “casi como un Sábato”. De todas estas “acusaciones” él se defiende con auténtica modestia o, más bien, con pesimismo, declarando sí su admiración por los grandes literatos de su país, particularmente por Cortázar y, curiosamente para quien se gué en sus opiniones políticas, sobre todo por **Borges**.

Nacido en Mar del Plata en 1943, pertenece a toda esa generación de escritores-periodistas latinoamericanos, si bien acá mostró una suerte de sectarismo en este sentido al no recibir a “Artes y Letras” de **El Mercurio**. Como narrador saltó a la fama con **Triste, solitario y final** (1979), donde en un estilo conciso y sobre un trasfondo muy humano mezcla la vida del Gordo y el Flaco (**Laurel y Hardy**) con un detective “de mentiras” y un gato. Luego vino su gran éxito en Chile, **No habrá más penas ni olvido** (1982) y **Cuarteles de invierno** (1983), que se presentan como parábolas de la historia argentina. **Artistas, locos y criminales** es un compendio de artículos periodísticos, en tanto **A sus plantas rendido un león** aparece como una novela sin pretensiones donde la realidad se complica con la ficción.

—**Qué impresión tiene de Chile, a tan pocos días de su llegada?**

—Sólo he visto periodistas, así es que no me llevo otra impresión que la que ustedes mismos me han entregado, directa o indirectamente... al menos por ahora. Por eso no quiero transmitirla, ya que saldría en un tono excesivo que no es muy cómodo adoptar cuando uno está en un país extranjero. Además, sería parcial, apresurado y hasta deshonesto decir algo rotundo al respecto... aunque, en todo caso, se me confirman las impresiones que ya tenía a través de amigos chilenos que viven en Buenos Aires, Europa o incluso en Chile.

—**¿En qué sentido?**

—Creo que hay una suerte de decisión bastante clara de cambiar con toda esta historia y vivir en una plena democracia. Me parece también muy claro que, a diferencia

de la sociedad argentina, que no estaba muy convencida de la democracia y la libertad mientras vivía bajo una dictadura, en Chile se percibe este deseo muy nítidamente. A pesar de que son dos países, en realidad: uno, el de los amigos que a uno le cuentan las cosas; otro, el que veo en la noche por televisión, donde una niña del Canal Nacional sale hablando puras maravillas... Es como para no creerlo, ¿no?

—**Tengo una duda con respecto a su propio caso, ya que siempre se lo presenta como “exiliado”. ¿Usted se fue... o lo “fueron”?**

—La verdad es que me fui, y con relativa comodidad. Quiero decir que partí desde el aeropuerto, con una maleta en la mano y



“¿Dígalo, que soy un marxista!”

todo eso. Y se lo planteo así, burdamente, para no hacer de todo esto un drama...

—... o un tango de Gardel, cuya foto aparece en el consulado argentino de su última novela.

—¡O un tango de Gardel! (Sonríe un segundo... pero vuelve a sumirse en su habitual melancolía?).

—También aparecen en su literatura los animales. ¿Hay toda una fauna en ella, ¿no? Leones, gatos (¿los de Baudelaire?), monos, perros hinchados...

—Sí, es cierto, pero los únicos reales son los gatos. Los de Cortázar, no Les Chats de Baudelaire.

—A propósito de Cortázar. Cuando yo pregunto quién es Osvaldo Soriano, me dicen sus compatriotas que "una primera figura como lo pudo haber sido —o lo fue— Cortázar, Julio Cortázar". ¿Qué opina usted de este comentario?

—(Escéptico) ¡Ojalá los argentinos dijeran eso! Yo creo que no, es decir, no se lo creo, porque los argentinos son más sensatos. Si dijeran de mí algo como eso... yo estaría más contento, ¿no cree? (En realidad, no esboza ni un asomo de sonrisa). ¡Imagínese lo que significa la comparación para mí que soy, o que fui, mejor dicho, muy amigo de Julio en París... El prólogo

uno de mis libros para la traducción francesa (*Triste, solitario y final*). Y tuve con él toda una relación muy estrecha, todo lo estrecha que se podía tener con Julio, que era un hombre bastante... secreto, diría yo.

—¿Qué puntos tenían en común, en el plano personal y literario?

—Nos unían del todo la lejanía de la patria, mi amor por su literatura, mi admiración por su actitud humana no sólo frente a su enfermedad —de la que nadie sabía, sino hasta el final— sino ante la vida misma, en fin. Su dignidad ha sido para nosotros un ejemplo. Y yo, al menos, siempre me pregunto al tomar una decisión si estaré a la altura de lo que él hubiera hecho.

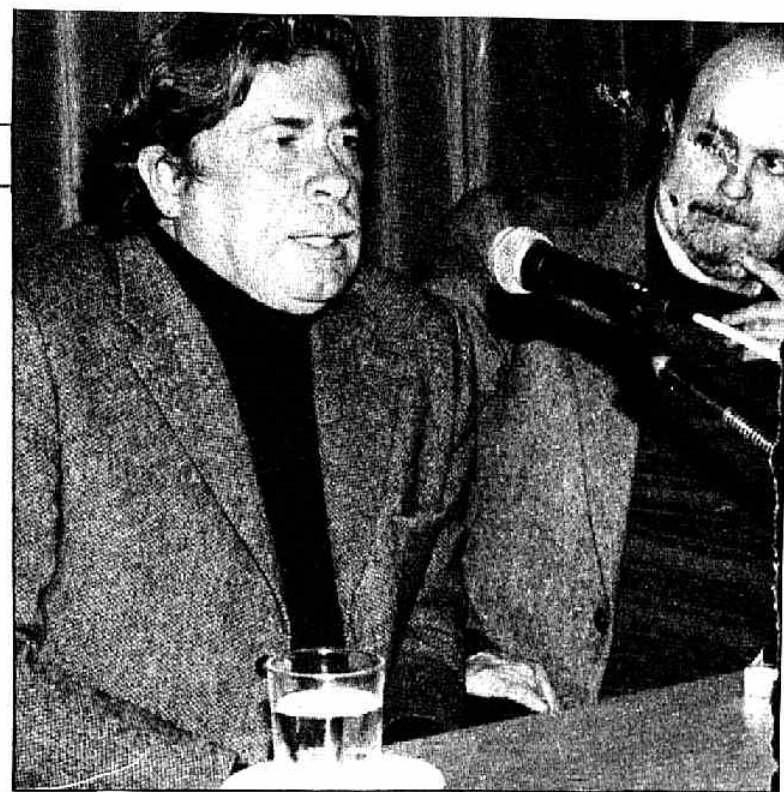
—¿Y con respecto a lo literario?

—Con respecto a eso, creo que mi literatura tiene pocos vínculos con la suya. La suya es una obra considerablemente mayor. La suya es de las grandes literaturas latinoamericanas del siglo... Y yo no me atrevería a hablar de la mía en esos términos. Y no me hago ilusiones al respecto. Yo me conformaría, como me conformaba antes, con que mis libros no le disgustaran a él.

—Y de hecho, ¿no le disgustaban?

—Y de hecho, no le disgustaban.

—¿Ninguno? ¿Quiere decir que le gustaba TODA su literatura?



Con literatos chilenos: el país "de los amigos que a uno le cuentan cosas".

—No. Creo que le disgustaba justamente el que más gusta en Chile, que es **No habrá más penas ni olvido**. Sí, creo que ése sí le disgustaba. El veía una cosa densa, cierto esquematismo en los personajes, demasiada acción y poca vida, en fin... (Permanece unos segundos meditando). ¿Sabe? Es curioso ver cómo en cada sociedad se lee un libro, o cómo se acoge con más énfasis un libro en especial, según el país de que se trate. Por ejemplo, *Triste, solitario y final*



fue, de hecho, un pequeño clásico en Italia, y lo es tal vez hasta hoy día, cuando lo usan para mencionar cualquier cosa. En cambio, en la Argentina, es uno de mis libros que nunca tuvo un gran peso, salvo para regalárselo a gente de muy buena voluntad (Su expresión permanece inalterablemente taciturna).

—Y ahora, ¿no ha notado un cambio en ese sentido, a raíz de su regreso a la patria?

—No. Tampoco. Pienso, sí, que soy alguien que tiene mucha acogida en la prensa argentina. Eh... alguien bastante polémico, si usted quiere. Soy simpático cuando deseo

serlo, pero suelo también ponerme sumamente antipático con cierta gente.

—Y usted quiere ser coherente consigo mismo...

—Quiero serlo, aunque eso me valga simpatías o antipatías, qué sé yo. También en la Argentina he tenido problemas por esto.

—¿También en el plano personal resulta tan tajante como en el político? Porque a veces HAY que hacer concesiones...

—A mí no me parece, tratándose de cosas políticas o de asuntos que afectan a la dignidad personal. Así, yo me levanto de una mesa cuando se hacen chistes de mal gusto sobre judíos, sobre mujeres o sobre gente de color, sobre minorías, quiero decir. Son cosas que, creo, tenemos que aprender, y que tienen mucho que ver con la aceptación personal, de cada uno de nosotros, de la democracia.

—¿Usted cree en la democracia como un sistema ideal de gobierno?

—No. Es que cuando hablo de democracia no me refiero a ella como un modelo abstracto, congelado, sino a la práctica cotidiana del respeto, el pluralismo y el derecho a elegir o rechazar...

—O sea que usted quiere considerarse a sí mismo como un símbolo de una minoría relegada o qué sé yo...

—No... Y diga que yo soy un canalla, diga que soy un marxista, ¡diga lo que quiera!

—¿Y es usted un canalla... y un marxista?

—¡Dígallo! Diga lo que quiera.

—¿Pero es usted eso... o no lo es? ¿Qué dice usted, pues!

—Bueno, podría decirse que sí.

—¿Completamente?

—Eh... yo diría que sí. O, para ser más honesto, yo diría que soy como tanta otra gente que ha sido influenciada por ciertas corrientes que se señalan por ciertas actitudes filosóficas... Ahora, yo no pertenezco a ningún partido en especial, nunca he estado en ningún partido político y tengo graves disidencias con la mayoría de los marxistas de esos que andan de fusil y en actitud de combate. Creo que hay que reformular una izquierda nueva, que sea más seductora, y que sea capaz de **solucionar** problemas en esta sociedad nueva a la que vamos a entrar cuando se caigan esas rémoras del pasado que soportamos nosotros... y soportan todavía ustedes. ¡Habrá que encarar todo esto de nuevo! No se va a poder pensar mirando el pasado solamente, sino qué nos espera en el siglo 21... para el que faltan sólo 13 años. ■

Ana María Larraín